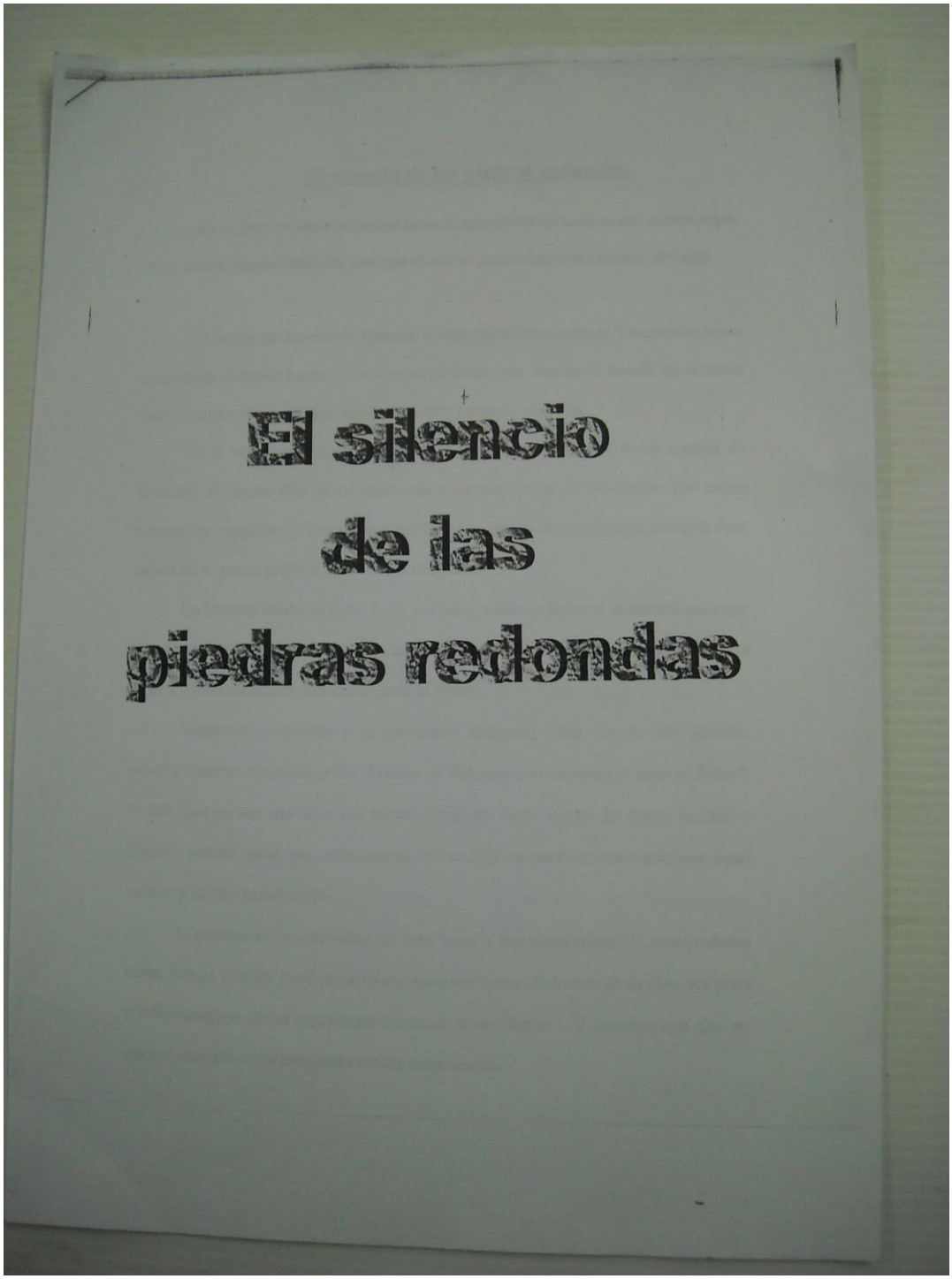
EL SILENCIO DE LAS PIEDRAS.

Segundo premio del Concurso de Relatos Cortos. Burjassot, 2003

Laura Expósito Blasco



El silencio de las piedras redondas

Ya es hora de referir al curioso lector lo que aconteció aquí, en este mismo lugar, junto a estas piedras redondas, para que él mismo juzgue con conocimiento de causa.

La tartana de Sancho de Camino, a la sazón maestro cantero, traqueteaba como quejándose de tantas leguas recorridas en su larga vida. Sancho la heredó de su padre junto al oficio y Pere, su hijo, heredaría oficio, tartana y poco más.

En la subida que dicen del *Portalet*, en el mismo puente de la acequia de Moncada, la tartana dijo de no subir más y rompió un eje de las ruedas. Las mulas acemilas se espantaron y Sancho, con voz calmada, apaciguó a las bestias, mientras Pere bajaba de su yegua presto a ayudar en la desgracia.

La herrería estaba al lado, junto al *Pouet*, y dieron licencia al herrero para que hiciera con el carro lo que conviniera hacer. Los dos forasteros siguieron su camino tras dejar a las bestias atadas abrevando junto al *Pouet*.

Acudieron al castillo y se excusaron diciendo: *"Soy Sancho del Camino, maestro cantero, enviado por los Jurados de Valencia con un mensaje para el Señor"*. Y éste, que no era otro mas que Mosen Bernardo Simó, dueño del lugar, castillo, y cuanto pudiera verse por estas tierras, les recibió en persona interesado por aquel cantero y su hijo barbilampiño.

El manuscrito que llevaban no daba lugar a interpretaciones: "*...deberá darles cama, cobijo, viandas y así cuanto fuera menester hasta el término de la obra que para público beneficio de los ciudadanos hemos de probar hacer"*. Y esta obra que digo no era otra mas que cavar tres pozos en una loma cercana.

Antes que el lector me lo pregunte, a modo aclaratorio, diré que los Jurados del Consejo de Valencia querían dar remedio al problema del almacenamiento del trigo que, si presto no se hacía harina y ésta pan, pronto se pudría o era manjar para polillas en el Almudín, donde se guardaba. Y es por eso, y no por otra causa, que necesitaban probar a guardar el grano en silos bajo tierra, a la manera de los antiguos romanos.

Arriba, justo en la parte más alta donde persona pueda llegar, en el *Micalet*, se divisaba la dicha loma, la más próxima a la ciudad, y es allí donde pretendían ensilar el trigo que traían todos los años desde Sicilia hasta el Grao.

Sancho de Camino y su hijo Pere, duchos en su oficio, una vez reparada su tartana, tardaron siete días en cavar en la roca los tres silos y, a resultas de lo bien que se conservó el trigo allí, el Consejo les mandó horadar otros tres el año del Señor siguiente, 1574.

Tanto trabajo y esfuerzo tenían, que decidieron tomar casa en el vecino lugar de Burjassot, desde donde partían al alba junto con gentes moriscas, de las que piden poco pan y dan mucho esfuerzo en su trabajo, que les ayudaban en todo lo que se les mandaba. Y no es que los cristianos viejos no valieran para el trabajo duro, sino que había muchos de ellos que dedicaban su vida al Señor Nuestro Dios en lugar de a tareas de campo o de oficios menores.

En años posteriores, las tareas de desmonte de pinos y brozas y la movida de tierra para igualar la parte alta, dieron mucho trabajo; tanto que Sancho de Camino dijo adiós a este mundo dejando tartana, casa y oficio a su hijo Pere que continuó trabajando a las órdenes del *picapedrer* Miguel Porcar y del *obrer de vila* Joan de Alfafara. Con ellos aprendió mejor el oficio y, juntos comenzaron a enlosar la explanada donde ya había 17 silos.

Y sucedió entonces lo que sucede a los hombres cuando están en edad de tomar mujer. Pere volvía un día por la senda que iba de los silos a Burjassot y cerca ya del *fossar*, en una huerta llena de moreras, vio algo que le cambió la vida. Nada más que un cruce de miradas bastó para que Pere y Aixa, una doncella morisca que recogía hojas de morera para la seda del taller de sus padres, decidieran unir sus vidas cristianamente.

A pesar de ser ella cristiana nueva mora y él cristiano viejo, no hubo reparos del párroco, Mosen Andreu Tarazona, para oficiar el casamiento, pues Burjassot era lugar de poco conflicto entre sus gentes. De resultas de este matrimonio nació, poco antes de acabar el siglo, un varón al que llamaron Sancho en honor a su abuelo.

Debió ser en esa época en que fui testigo de cuanto vi y oí, que no fue poco: A la muerte del viejo rey de Madrid en 1598, vino a sucederle en el trono su hijo, llamado también Felipe, como el padre. Y como todo rey que se precie buena esposa ha de tener, el Duque de Lerma le buscó una lozana princesa de trece años y se la trajo a Valencia a las nupcias reales.

Margarita de Austria, que así la llamaban, contrajo matrimonio con Felipe III en la catedral de Valencia. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia, ofició la ceremonia, en la que hubieron muchas gentes venidas de Madrid con buenas y caras vestimentas y muchos oros y piedras preciosas colgando en los cuellos de las damas.

Al día siguiente, sus Majestades y muchos de los invitados, se vinieron a los silos, a comer con el Arzobispo Juan de Ribera. Y después de bien servidos, los presentes admiraron la belleza del paisaje de la huerta con el mar azul al fondo y Valencia tan llena de campanarios que más parecía una infinita catedral. Y todo esto lo veían desde el balcón más grande que imaginarse pueda, pues los silos se habían convertido en una de las cosas más dignas de ver de este reino.

Explicaciones vinieron después, ante los reyes y su séquito, de Pere de Camino de cómo ensilaban trigo, y cómo ponían en el fondo esparto, cañas y paja para que se absorbieran las humedades del terreno si las hubieran y no estropearan el grano.

Conforme relataba Pere, los presentes miraban cómo los *tirasacs* echaban el trigo dentro y algunos no pudieron soportarlo por el polvo que salía del silo. Quisieron estos refrescarse y acudieron a la cisterna del agua que allí había y hubo que advertirles presto que no la probaran por ser ésta culpable de la muerte, ya iba para dos años, de unos Jurados de Valencia que de ella bebieron.

El Rey, el Duque de Lerma, el Patriarca Juan de Ribera y otros consejeros, paseaban por la explanada y hablaban de la mucha gente morisca que había en estas tierras.

Los moriscos eran cristianos forzados unos, de buen grado otros, pero seguían sin comer tocino ni beber vino y demás costumbres de su otra religión que ocultaban unos por miedo y otros por prudencia. Y como muchos de ellos no eran píos, se le negaba a todos ingresar en orden o convento y menos decir misa, pues para tal menester hay que nacer santo y con limpia sangre.

El Duque de Lerma estaba indignado por la amistad de estas gentes con los piratas de la Berbería, lacra dañina en estas costas.

Juan de Ribera juró por Dios ante su Majestad que convertiría moriscos en cristianos verdaderos y pidió que no despidiera del Reino a esos desdichados impíos por el beneficio que daban a campos y a casas de bien y los diezmos que dejaban por su trabajo. Felipe III, contento ese día, zanjó la cuestión diciendo que importaba más la guerra de Flandes y que acabando ésta, llegaría la hora de solucionar lo tratado.

Fue por mano divina o por mano humana causa de que el Patriarca comprara al año siguiente el Castillo, la dehesa y el lugar de Burjassot para su disfrute y descanso

entre viaje y viaje por su diócesis, cosa por la que tenía mucha devoción, apostolando y castigando a cuanto religioso no cumpliera sus votos.

En el castillo pasaba largas horas leyendo Biblias y manuscritos antiguos y cuando paseaba hasta la nueva ermita junto a los silos disfrutaba viendo las obras de enlosado, bellas y sobrias, como a él le gustaban obras y templos. Allí fraguó amistad con el maestro cantero Pere del Camino y tanto gustó su oficio que le encargó las obras nuevas del castillo.

Pere de Camino, mientras obraba en dicho lugar, preguntó al Patriarca por el posible despido de los moriscos, cosa esta que mucho se parlaba y que a él interesaba tanto por tener familia con esa sangre, aunque muy cristianos. El Patriarca contestó a Pere que muchas noches pasaba en vela meditándolo y deseaba que Nuestro Señor le llevara con él antes de ver tanta lástima sin poder remediar.

Pere sabía que Juan de Ribera era hombre de bien y que había acabado con bandidos y maleantes, que tanto abundaban por veredas, pero también supo en ese momento, leyéndole los ojos al Patriarca, que la suerte estaba echada.

El 2 de Septiembre del año del Señor 1609, el *missatger* pregonó la *crida* real en que se daba plazo de tres días a los moriscos para embarcar en el Grao y no volver a estas sus tierras. No podrían llevar nada salvo lo puesto y tampoco criaturas menores de cuatro años.

Llantos se oían por toda la huerta y no eran sólo de moriscos, sino de cristianos viejos, dueños y artesanos, que mancos quedaban de manos para labrar la tierra y para ayudar en los oficios.

Presto fue todo, aunque hubo quien se salvó de la partida por tener la suerte de ser de las seis familias de probada fe que podían quedarse de cada ciento.

Pere pudo salvar a su familia por no quedar ni rastro en ella de *Alcoranes* ni ritos de la secta de Mahoma y acompañó, con otros valientes, a la playa a sus vecinos moriscos y otros llegados de Bétera, Paterna y Benaguacil, por miedo a que asaltaran a estos por los caminos, malas gentes que aprovechabanse de la desgracia ajena.

Los silos quedaban en silencio y hubo quien pensó que nadie cultivaría campos, que nadie segaría el trigo y que, ironías de la vida, tenían aún un tesoro inmenso en la barriga de esa loma llena de trigo para alimentar a las gentes que quedaron.

Callan 42 silos, pero yo, silo anónimo, vi, oí y, aunque callé entonces, ahora denuncio. Que haga justicia el lector.

LAURA EXPÓSITO BLASCO